

SER CONSERVADOR

Edirector de una publicación académica no puede permanecer pasivo ante las conmociones y reflexiones que le producen los artículos que publica. De otro modo, sería resignarse a ser un mero encuadernador. Por eso, ante cada publicación me suelo interrogar por los aportes que se hacen a las preguntas y cuestiones que vehiculiza la *Revista*.

Tarde o temprano llega en la vida de una revista académica la hora de detener, si quiera un instante, su marcha hacia la meta que le señala el mercado, recapacitar y hacer cara al interrogante: ¿qué soy, qué quiero y hacia dónde voy? Estas preguntas me las hago cada vez que publicamos un número. Luego de haber recorrido desde su fundación un buen trecho, la *Revista Educación y Pedagogía* por lo menos aspira a ser eso: una revista de pedagogía y educación. A partir de allí, surge enseguida un interrogante: ¿qué son la pedagogía y la educación en la actualidad que se describe en los artículos que publicamos en la presente edición? Con sólo formular la pregunta, se da uno cuenta de lo problemático de las denominaciones de tal jaez, por muy bien definidas e inequívocas que aparezcan a primera vista, sobre todo en épocas como la nuestra, donde no hay terreno firme para sentar el pie, ni cosa inmune al cambio.

En efecto, no sé bien qué habremos de entender, en el caso contemplado, por educación y pedagogía, ni cuál sea la definición que le quepa al presente o, mejor dicho, a la actualidad: lo importante es que se les atribuya un sentido distinto de la mera noción que informa el saber inmediato. Es de advertir que el presente número lanza más luces sobre la educación que sobre la pedagogía: por tanto, nos espera como tarea ineludible verter sobre esta última los resultados que arrojan de ella las indagaciones que acerca de la educación se hacen en este número.

Los artículos seleccionados tienen un común denominador: el ejercicio de la crítica frente a las tendencias educativas del presente, o mejor, frente al supermercado pedagógico que en la actualidad se vende como horizonte de regulación. Frente a esta oferta yo me declaro abiertamente un conservador del *campo conceptual de la pedagogía* (CCP): quizá ésta sea la única manera —una manera, hay que admitirlo— defensiva. La barbarie civilizatoria tardocapitalista, se sabe, consiste fundamentalmente en el bombardeo vertiginoso de innovaciones que apuntan a desplazar la densidad histórica de los conceptos, los sujetos, las instituciones, los acontecimientos y la práctica pedagógica. Impresiona e impacta, a través de los textos leídos, la forma como se pulveriza la experiencia de los maestros a partir de la pérdida de una conciencia histórica y del olvido de un inconciente de la historia, que atentan contra la construcción de una memoria activa del saber pedagógico y contra la experiencia espacial de los maestros como forma de fundar la enseñanza, la formación y el aprendizaje en el viaje.

A partir de la defensa de esa experiencia y de esa memoria, se puede levantar un horizonte que regule las acciones de los maestros y de los investigadores. Ese horizonte es lo que llamo CCP: campo de conceptos, luchas, críticas y esperanzas en una sociedad que todavía no tiene nombre, pero que sabemos que no es ésta en que vivimos hoy. Ser, pues, conservador del CCP es, hoy en día, recuperar el pasado del maestro, no por lo que fue, sino como trinchera de esperanza en un instante de peligro. Recuperar consiste en reconfigurar y reconstruir la historia de la secta de la tiza y el tablero, a partir de los registros de su práctica y de los hitos históricos sobre los que se levantaron sus gestos éticos. Esa esperanza tiene nombre propio: Agustín Joseph de Torres, Simón Rodríguez, Francisco Triana, Dimitas Arias, los maestros de Silvia — Cauca—, el maestro chocono Manuel Vicente Garrido (1937) y otros miles que hoy el mercado con el agenciamiento del Ministerio de Educación busca invisibilizar.

Ser conservadores del campo es transformamos (¿por qué no?) en los custodios orgullosos de la inagotable reconceptualización crítica y constructiva de la memoria de saber pedagógico, que el tardocapitalismo quiere sencillamente borrar de sus *hardware* atiborrados de transferencias bursátiles. En este pasado-presente incluimos la pedagogía, la didáctica, la tecnología educativa, los paradigmas constructivistas, la enseñanza de las ciencias, la pedagogía computacional y la educación popular. Si queremos realmente actuar como conservadores del campo, debemos tener en cuenta que la actualidad sobre la que plateamos estas reconceptualizaciones entre múltiples saberes y disciplinas que lo fortalecen, es quebradiza e inestable, cruzada por múltiples incertidumbres. Y que, por ello, el único antídoto contra la indeterminación y la dispersión es la continuidad como garantía de la consolidación de las corrientes, escuelas, tendencias pedagógicas, didácticas y enseñanza de las ciencias. Quiero concluir con una cita de Paulo Freire: “¿Qué se puede hacer hoy para que mañana se pueda hacer lo que no se puede hacer hoy?”.

Jesús Alberto Echeverri Sánchez